



El sitio de Cuautla

Boletín del Archivo General de la Nación, Secretaría de Gobernación, México, primera serie, tomo IX, núm. 3, julio-septiembre, 1938, pp. 449-455.

Siguiendo la costumbre establecida en este Boletín de dar cabida en el número que comprende el mes de septiembre a un documento sobre la Guerra de Independencia, publicamos a continuación un informe sobre el sitio que puso Calleja a la ciudad de Cuautla, defendida por Morelos, los Bravo, Matamoros y Galeana.

En el Boletín número 3 del Tomo VIII (julio-agosto-septiembre de 1937) se publicó una relación de los sucesos acaecidos en Acatita de Baján, que culminaron con la prisión de Hidalgo. Dicho documento reconoce como origen una orden (20 de enero de 1824) del Supremo Poder Ejecutivo, en la que se mandó a las personas que hubieren intervenido en cualquier forma en los sucesos de la Guerra proporcionasen informes, con el objeto de reunir material para la Historia de la Independencia.

El documento que ahora se publica pertenece, como el anterior, a la serie de informes rendidos en obediencia de aquella Superior Orden. Lo suscribe Fr. Manuel Zabalza y Valencia, cura del pueblo de Cuautla, quien recogió las noticias del informe, exa-

minando a los vecinos más dignos de crédito, que fueron testigos de los hechos.

En lo substancial, la relación ratifica las noticias ya conocidas sobre el famoso sitio de Cuautla, sin que esto quiera decir que no aporta detalles interesantes, como la variante de la fecha y hora comúnmente aceptadas, en que Morelos rompió el sitio; pero, además, y esto es históricamente importante, conserva fresca la emoción de los declarantes que vivieron esos dramáticos momentos.

Hemos considerado oportuno poner algunas notas, entre () en el texto y otras al pie de la página, que sirvan para llamar la atención a algún pasaje interesante o para aclarar una fecha o nombre.

E. O'G.

Razón de todos los hechos y sucesos particulares acaecidos en la espantosa revolución del pueblo de Cuautla Amilpas, según las noticias que el infrascrito Cura ha podido adquirir, examinando a los vecinos que fueron testigos oculares, dignos de darles crédito, y a quienes se refiere en todo.

La entrada del General Morelos en el citado pueblo de Cuautla Amilpas, con setecientos cincuenta hombres de todas armas y artillería, se verificó la mañana del jueves veintiséis del mes de diciembre de mil ochocientos once. A pocos días salió con la misma fuerza para el pueblo de Tenancingo, donde se reunió con la fuerza de Galeana para atacar al Comandante Portier, de cuyo ataque (22 de enero 1812) salieron victoriosos y se volvieron a Cuautla (9 de febrero 1812) trayendo una culebrina y dos o tres cañones que quitaron.

Constituídos en este referido pueblo, y resueltos a hacerse fuertes en



AGN

ARCHIVO GENERAL
DE LA NACIÓN

MÉXICO

él, dieron principio a formar sus trincheras, colocar sus cañones y demás parapetos. Mucha gente de las poblaciones comarcanas se reunieron en este punto, principalmente los indios e indías del pueblo de Tetelcingo, cuya distancia es de dos leguas. Este cúmulo o reunión de almas fué la causa de que al fin se aprestaran y escasearan los víveres en sumo grado.

El General Calleja, con su ejército, llegó a las inmediaciones del pueblo, martes dieciocho de febrero de mil ochocientos doce; al día siguiente, diecinueve, determinó dar el primer ataque, distribuyendo su fuerza por las tres únicas calles; y entrando haciendo un fuego vivo de artillería y fusilería, llegaron a verse en el centro del pueblo, pues penetraron algunas casas, huertas y patios. Aunque la gente de Morelos desamparó las trincheras, dejando las calles libres y replegándose en la plaza mayor de la parroquia, otra mucha parte de su fuerza estaba repartida en las bóvedas y torre de San Diego; en las huertas y casas primeras de la entrada, en cuyas paredes tenían sus troneras, por donde causaron mucha mortandad en la tropa y jefes, siendo los primeros muertos el Sr. Oviedo —el conde Rul— y el Sr. Sárraga. De estos resultados funestos dieron parte al General Calleja, que se hallaba en el centro de la calle tercera por donde pasa la tarjea de la hacienda de Buenavista, de donde también dirigieron muchos tiros los de parte de Morelos. En estas circunstancias peligrosas, un joven (Narciso Mendoza) de trece a catorce años, natural del pueblo, se quedó sorprendido en una de las trincheras; y viendo que la tropa que entraba por la calle principal llegó en avance hasta la misma trinchera, tomó el votafuego que estaba al pie de un cañón, y prendiéndolo, causó tal estrago en la tropa, que se puede decir fué el término de la derrota de Calleja, el cual lleno de terror y espanto mandó tocar retirada y dejó libre al pueblo, permaneciendo en sus inmediaciones.¹

Desde este día tan aciago se refugiaron todas las gentes en las dos iglesias, sacristías y conventos de la parroquia

y San Diego, donde permanecieron hasta el fin. En la retirada del ejército salió el Capitán Larios con su gente, en avanzada hasta Chalco, y en su regreso a Cuautla pudo quitar cinco mulas cargadas de galleta y otra de aguardiente, que venían en convoy para la tropa.²

En la llegada del General Llanos con su tropa, que fué a los quince días después del referido ataque, se verificó el sitio de este pueblo, que fueron estrechando sucesivamente hasta el grado de no poder salir un hombre sin detrimento de la vida. Por orden del General Calleja quitaron el agua al pueblo y de consiguiente, sus habitantes se vieron precisados a hacer unos pozos muy profundos, para refrigerar su sed con la poca y mala agua que producían: en vista de esta gran necesidad se resolvió Galeana a salir con su gente, parte armada y parte con sacos de tierra y palos para formar un baluarte e introducir el agua, lo que verificó con pérdida de pocos hombres y con admiración de todos.

Era un espectáculo miserable el pueblo en estos días de confusión y de horror, no sólo por las muchas bombas, granadas y balas de todo calibre que dirigieron al centro de él, en los demás ataques y tentativas que hizo el ejército, sino también por la peste que sufrieron, y muy particularmente por la escasez de víveres; pues aunque algunos que pudieron hicieron provisión de ellos, la mayor parte de los pobres se mantuvieron con maíz tostado, y otros muchos llegaron a comer cueros tostados, gatos y otros animales, muchas yerbas y otras mil inmundicias. Pero en medio de estos terribles males, Dios obró grandes portentos a favor de las gentes citadas; pues no debiendo quedar una con vida ni casa que no cayese en tierra y todo quedase convertido en polvo y ceniza, fueron pocos los que murieron al estrago de las balas, y sí muchos por la citada peste y hambre.³ El pueblo material quedó tan intacto después de los dos meses y ocho días que duró todo el rigor del sitio, que si no hubiera sido incendiado por orden de Calleja después que salió Morelos, hubieran que-

dado sus casas tan habitables como antes, pues fueron pocas las ruinas y señales que dejó la multitud de los instrumentos bélicos.

El día veintiuno de abril, por la noche, salió Matamoros con Perdiz, cien hombres armados y otros sujetos que se le reunieron, con el objeto de introducir víveres y alguna más fuerza para proteger a Morelos. Su salida la verificó por el rumbo de las Cañas de Santa Inés y camino del Hospital, lugar donde estaba Calleja acampado; y aunque éste hizo fuego luego que advirtió la fuga de Matamoros y mandó tropa en su persecución, sólo consiguieron matar a Perdiz, dos o tres hombres y un caballo, que según declaran algunos era del mismo Perdiz. A pocos días volvió Matamoros con los víveres y alguna gente armada, por el rumbo del pueblo de Tlayacac, distante del de Cuautla tres leguas, donde permaneció dos o tres días, hasta que se resolvió a acercarse al campo del general Llanos, dejando a la espalda los víveres; mas como de dicho campo salían de avanzada los Lanceros de San Gabriel, Matamoros y su gente se engañaron creyendo que eran compañeros suyos, por lo que se atrevieron a entrar hasta el mismo campo, donde fueron derrotados, muriendo unos, dispersándose otros y dejando los víveres, que después recogió la tropa.

Viernes primero de mayo, entre diez y once de la noche,⁴ verificó Morelos su salida, con el mayor silencio, en unión de Galeana y otros muchos, por el callejón nombrado del Encanto, de donde tomaron dirección por entre las Cañas de San Martín, hasta ponerse al frente de la tropa que sitiaba por ese punto, como a distancia de un tiro de fusil. Se resolvieron a sorprender los centinelas, matando Galeana a uno de ellos, y de este modo lograron verse fuera del sitio y continuaron su fuga seis leguas, haciendo alto de trecho en trecho, no sólo para contener por medio de algunos tiros a la tropa que iba en su persecución, sino también para proteger a la mucha gente que le seguía a pie, tanto hombres, como mujeres y muchachos. Llegó Morelos y los pocos que le acompañaban, a caballo

y armados, al pueblo de Ocuituco; siguió poco más adelante, hasta llegar a la barranca que llaman de Tetela, y habiéndola pasado, acordaron tirar las vigas que servían de puente, con cuya operación impidieron el tránsito a la tropa, la que desde dicho punto se regresó haciendo fuego y matando, como lo hizo en la persecución, no sólo a la gente armada de Morelos, que la mayor parte se escapó por distintos rumbos, sino también a los infelices que salieron del sitio buscando las barrancas y cuevas para ocultarse, cuya mortandad, según cálculo prudente, llegó a tres mil almas, entre hombres, mujeres, muchachos y niños de pecho, y otros muchos que se ahogaron en el río.⁵

Luego que salió Morelos comenzó el baleo general sobre el pueblo, y las gentes que quedaron dentro, a más de estar llenas de tribulación y de amargura, se hallaban alborotadas por la voz que se había esparcido de que la tropa entraba al degüello. Como a la una o dos de la mañana del sábado dos entró el ejército, y el señor Teniente Coronel Chagaray (José María de Echegaray), como comisionado por el General Calleja para tomar posesión de la plaza. La gente se tranquilizó viendo desvanecida la voz del degüello, y aunque la tropa saqueó y recorrió las calles y casas, robando y cometiendo otros excesos consiguientes a la guerra, el citado Chagaray puso guardias y tomó todas las providencias necesarias para impedir la secuela de estos males.

El General Calleja, del campo, se retiró a la hacienda de Casasano, y el inmediato lunes cuatro vino al pueblo en su coche, que paró en la plaza, se apeó y entró en la iglesia de la parroquia, donde duró momentos; se volvió al coche y regresó para la dicha hacienda, donde se estuvo hasta que salió con el ejército y los prisioneros que llevó a México. El martes cinco dió orden al señor Llanos, para que intimase a los pobres que quedaron, enfermos y no enfermos, en el pueblo, que salieran

en término de tres días, para incendiarlo, como se verificó en la noche del jueves siete, quedando excluidas del incendio las iglesias, por voluntad del mencionado señor Llanos, pues la orden fué que por ellas comenzase. Las gentes infelices fueron saliendo sucesivamente del pueblo, con la triste consideración de abandonar sus casas y muebles a la voracidad del fuego: unas salían cargando sus colchones y baúles; otras, sus envoltorios de ropa y petates; otras, algunos trastos, como platos, cazuelas, ollas, metates y comales; y otras, cargando a sus enfermos. Era tal el estado de debilidad de algunos miserables, que socorridos por la tropa con carne, pan y galleta, quedaban muertos a los primeros bocados. Dichas gentes se repartieron en las haciendas de Santa Inés y de Cuautla, hasta que habiendo marchado el ejército para México y quedando todo en la mayor desolación y desamparo, se dispersaron por otros pueblos, haciendas y ranchos, que con dificultad eran admitidos por la nota de insurgentes; otros muchos se retiraron a las barrancas, donde pasaron muchas necesidades y vivieron algunos meses sin oír misa ni confesarse los que murieron, ni bautizarse las criaturas que nacieron, hasta después de algunos días, por el miedo que tenían de salir y encontrarse con algunas partidas de realistas, que imprudentemente los perseguían, por la reputación de insurgentes. Al cabo de cinco meses, comenzaron a restituirse a su pueblo, por cuanto había ya algunos vecinos y algunos ministros de la parroquia en las inmediatas haciendas, y éstas estaban ya corrientes en el trabajo, que es de lo que se mantiene la mayor parte de la gente.

También debe notarse el extravío que se siguió en las familias; pues en la noche de la salida de Morelos, muchas madres perdieron a sus hijos, muchos hombres a sus mujeres, porque todos tomaron, en la confusión y susto, distintos rumbos, y se retiraron a pueblos y lugares muy distantes; y

aunque al fin se reunieron, reconociendo sus casas y hogares, no deja de haber hasta el día algunos hombres y mujeres separados de sus matrimonios, sin saber de su existencia.

Es cuanto puedo decir en obsequio de la verdad, y pido se me dispensen los defectos que se adviertan en esta narración, pues carezco del artificio e instrucción necesaria para su desempeño.

Curato de Cuautla Amilpas, noviembre 12 de 1826.

Fray Manuel Zavala y Valencia,
(Rúbrica.)

*Ramo Justicia Eclesiástica,
volumen 40,
foja 120.*

Notas

¹ Pueden consultarse los Partes Oficiales rendidos por Calleja al Virrey en "Col. de Doc. para la Hist. de la Guerra de Independencia",—J. E. Hernández Dávalos, Tomo IV, Págs. 34 y 35. Núms. 24 y 25.

² Además interceptó un oficio de Calleja a Venegas, en que el general realista daba cuenta del estado de sus tropas, que se hallaban muy debilitadas. El oficio provocó una Junta en el cuartel de los insurgentes, para discutir la conveniencia de atacar a los sitiadores; pero prevaleció la opinión de Morelos, en sentido negativo.

³ En el informe rendido por el Teniente Coronel José María de Echegaray, dice que encontró 585 enfermos víctimas de la peste, cuando ocupó la ciudad por orden de Calleja. Citado en "México a Través de los Siglos", Tomo III, Pág. 297.

⁴ Alamán en su "Historia de México", Tomo 2, Pág. 522, y D. Julio Zárate, en el Tomo III de "México a Través de los Siglos", Pág. 296, dicen que la salida de Morelos se verificó el día 2 a las dos de la mañana. Lo mismo asienta Teja Zabre en su "Morelos". Madrid. 1934. Pág. 124.

⁵ Generalmente se calcula el número de muertos en 4,000, según un informe de Calleja, aunque esta estimación se tiene por exagerada. Alamán. "Historia de México", Tomo II, Pág. 524. Con tal motivo, tiene especial interés el "cálculo prudente" que se consigna en este lugar.